

PROTAGONISTAS

CEUTA Y LA MEMORIA DEL FANGO: UNA CONVERSACIÓN CON ANTONIO ALTARRIBA

POR ALBERTO G. LUNA



Antonio Altarriba. Foto: Rodolphe Escher. Téléràma

El Premio Nacional del Cómic que retrató el exilio español de 1939 observa la frontera norteafricana y sostiene una certeza incómoda: el racismo no es más que la vieja costumbre de un pobre mirando con desprecio a otro más pobre. Antes éramos los que escapábamos; hoy somos los que cerramos la puerta.

COMPARTIR [FB](#) [TW](#) [LK](#)

Hay una viñeta de **Antonio Altarriba** (Zaragoza, 1952) donde se ve a un hombre —un tipo corriente, el propio padre de Altarriba— haciendo la compra en el mercado de algún pueblo francés. Su mujer está enferma en casa, de modo que a él no le queda más remedio que coger la cesta. En los puestos, unas cuantas señoras lo observan y lo señalan con el dedo mientras murmuran con ese tono agrio tan reconocible que **ha venido desde España a quitarles el**

pan y el trabajo. Supongo que esa clase de humillación, exacta en su aspereza y en su lógica, es algo que cualquiera que cruza una frontera sin nada en los bolsillos conoce de sobra, sin importar la época.

Aquel asunto formaba parte del desastre de 1939. Tras años de matarse entre vecinos, miles de españoles cruzaron a Francia para evitar que los fusilaran. “Los dejaron pasar porque acampaban en los montes y las tropas de Franco venían apretando por Cataluña”, me dice Altarriba con la voz pausada de quien lleva años dándole vueltas a la misma idea. **“Los franceses les despojaron de lo poco que habían podido llevar consigo.** Las cabras a un lado, los coches a otro, y por supuesto las armas”.

Lo sabe por su padre, que cruzó esa misma frontera. Una frontera que está harto de relatar en sus libros.

Su padre también **tuvo que dormir en las playas de Saint-Cyprien o Argelès-sur-Mer, donde se quedaron acampados con lo puesto.** “Él decía que lo único que habían preparado para ellos era la arena, el mar y el cielo”. Los propios refugiados tuvieron que plantar los postes y levantar las cercas de espino de los campos. Bastantes murieron allí mismo, simplemente de cansancio y frío.

En otro de sus relatos narra la historia de **un niño congoleño que se ve obligado a huir a Europa.** Vive en un país rico en oro pero arrasado por la miseria, trabajando en minas donde solo entran menores porque los túneles son estrechos. Lo que sigue es una travesía seca de robos, extorsiones y violencia; la historia de un chico que salió de casa con la cabeza llena de estrellas y **acabó topándose con un infierno en la frontera.**

Altarriba añade algo evidente. Que España cambió de bando en la mesa, pero la trampa sigue siendo la misma. **Antes éramos los que escapábamos; hoy somos los que cerramos la puerta.** Da igual el año que sea; al final todo se reduce al dinero y a la vieja costumbre de patear al que está más abajo.

PREGUNTA. ¿Por qué crees que nos cuesta tanto empatizar con los migrantes actuales teniendo un pasado tan reciente de exilio y miseria?

RESPUESTA. El discurso del racismo es engañoso y se infiltra con facilidad en la sociedad a través de los medios y las redes sociales. Está basado fundamentalmente en el dinero. Hace tiempo los franceses pensaban que España era una población parasitaria que les robaba el pan y el trabajo, algo que hoy siguen creyendo otros países europeos. Nosotros también lo pensamos de los que vienen de África; que colapsan la sanidad y se llevan nuestras ayudas. Mi padre tuvo que defenderse recordando que él había luchado en el frente contra los alemanes cuando muchos franceses no lo hicieron. El esquema no ha cambiado. Hablarán de razas, pero la

realidad y la razón fundamental por la que entra el virus del desprecio y del acoso es la idea de que el inmigrante siempre roba. En la historia todo se repite.

“El discurso del racismo está basado en el dinero”



Viñeta de la nueva edición de '*El arte de volar*', Antonio Altarriba, Kim © Norma Editorial

P. En momentos de crisis extrema la sociedad siempre se divide entre quienes ayudan y quienes miran hacia otro lado; quienes empatizan con el migrante y quienes se olvidan de que también son seres humanos. Hay odio y hay personas que odian, pero también las hay que no.

R. Siempre va a haber personas dispuestas a ayudar y otras que no. También, personas que deciden lucrarse con el dolor ajeno. Eso se pudo ver desde el primer momento en los campos de concentración franceses de 1939. Había vecinos de los pueblos cercanos que llevaban pan a los refugiados, mientras que otros se aprovechaban vilmente

de su situación, cambiando un mísero trozo de pan por joyas u objetos personales. Los más desaprensivos se lucraron con la miseria de otros seres humanos. Y eso sigue ocurriendo hoy.

P. En la cobertura mediática sobre la migración a menudo se imponen los discursos del miedo y los números despersonalizados. ¿Puede la narrativa del cómic devolverle el rostro, la dignidad y la historia individual a la persona que cruza una frontera?

R. La novela gráfica tiene la ventaja de visibilizar sentimientos y momentos humanos que a veces los medios de comunicación no captan o diluyen en datos, lo que enfría la realidad y al espectador, que se encuentra sentado impertérrito en el sofá de su casa. El lector tiene una mayor predisposición a empatizar con los protagonistas de cualquier historia porque puede entrar en esa realidad de forma más directa y detallada.

P. A entrar en esa realidad de la que hablas te ayudó mucho el trabajo gráfico de Kim...

R. Convencer a Kim no fue sencillo porque venía de hacer Martínez el Facha en *El Jueves*, pero yo conocía su faceta más realista e impresionista. Creo que se sintió comprometido por solidaridad, ya que su padre también sufrió las cárceles y la represión franquista. Era necesario hacer ese ejercicio de memoria.

P. ¿Crees que dentro de unos años seremos capaces de hacer un ejercicio de memoria similar con la crisis migratoria actual?

R. No soy especialmente optimista. Si observamos la empatía y la solidaridad humana actuales, no parece que estemos caminando en la dirección correcta, sino en la de abrir brechas y fomentar la confrontación. Hay una maquinaria disparada en la generación de riqueza donde las desigualdades no dejan de aumentar. En el fondo de todas estas actitudes subyace el desprecio del pobre hacia quien es aún más pobre.

P. En *El ala rota*, centrada en la figura de tu madre, el exilio no es geográfico sino cotidiano. ¿Cómo se vivió esa otra represión?

R. Los historiadores suelen diferenciar entre el exilio exterior y el interior: los que se van y los que se quedan. De las mujeres en esa España empobrecida y destruida se ha hablado muy poco. La guerra no solo se libró en el campo de batalla; las mujeres la libraron en sus casas. Sin dinero y recurriendo a las cartillas de racionamiento, asumiendo la tarea diaria de conseguir alimento y sacar adelante a las familias. Fueron un pilar fundamental para la supervivencia.



“Convencer a Kim no fue sencillo porque venía de hacer Martínez el Facha en *El Jueves*”



Altarriba no da muestras de querer sentarse en un banco a ver pasar las palomas. Acaba de reeditar *El arte de volar* y anda inmerso en un trabajo pesado sobre los nobles engalanados de la Francia del siglo XVIII que, sin saberlo, caminaban hacia la guillotina. Quiere contar cómo la gente de entonces ya se buscaba la vida para quererse a su manera, al margen de lo que dictaba el mundo. La vieja pelea del ser humano por librarse del yugo, que es exactamente la misma con la que lidiamos hoy en día.

Le comento que durante décadas el cómic en este país se ha considerado un asunto menor, una cosa para entretener a los niños los domingos. Me replica que la grieta empezó a abrirse en los 70, cuando la dictadura agonizaba y

aparecieron los primeros guiones más trabajados y oscuros. Hoy, me dice, **la novela gráfica comparte mesa con la literatura** sin tener que pedir perdón por nada. Y no puedo estar más de acuerdo.

Al preguntarle por los jóvenes guionistas y dibujantes españoles, se le aclara la mirada. Destaca, sobre todo, **la irrupción de las mujeres** en un territorio que durante demasiado tiempo pareció un club exclusivo de hombres. Cita a Ana Penyas y a Candela Sierra como pruebas de que se respira un aire más limpio.

Antes de despedirnos le pregunto qué le gustaría que encontrase un lector dentro de 50 años si tropezase en una tienda de segunda mano con uno de sus libros.

—Si hay una idea fija en todo lo que he hecho —responde tras una breve pausa—, es **la necesidad de entender cómo funciona la maldad**. Ver de dónde sale el rencor, qué ambiente necesita para crecer y cómo termina por pudrir todo. Eso es lo que sostiene cada página que he escrito.

TAGS

ARTE

DESTACADO

EL GRITO EL EL GRITO EL

El Grito es un espacio que da voz a los más desafiantes artistas, provocadoras corrientes y obras del mundo del arte.

CONTACTO
elgrito@elconfidencial.com

